

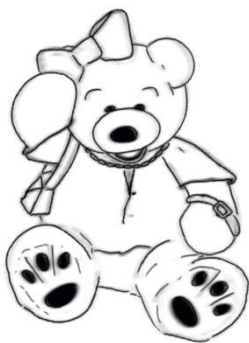
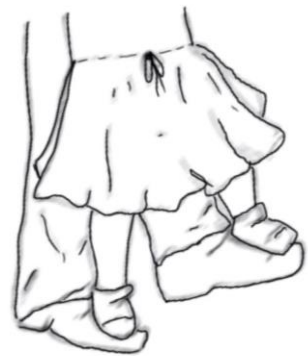
Tú, yo & EL ALZHEIMER

– Hola, este es el contestador de José. Ahora mismo no puede atenderle, deje el mensaje después de la señal. (Piiiiiiii)

– Papá, ¡es niño! ¡Voy a tener un niño! Y te has ido y estoy terriblemente perdida. No hallo ningún momento de serenidad. Es la primera vez que me atrevo a llamarte y a oír tu voz, aunque sea simplemente en el buzón de voz.

Cuando pienso en ti, recuerdo todo. ¿Te acuerdas de cuando era pequeña y me llevabas subida en tus zapatos mientras andábamos patosamente y nos reíamos como solíamos hacer? ¿O cuando estaba llorando y te acercabas lentamente mientras cantabas tu ridícula canción: “ella, ella tenía alas esa ranita cómo volaba, con esas alitas”.

¿Recuerdas, papi?



Y cuando mamá se fue y nos dejó, recuerdo que me abrazaste mientras yo agarraba el peluche que ella un día me dio. Me besaste la frente mientras apartabas mis pequeños mechones y limpiabas todas las lágrimas que caían por mis mejillas. Me levantaste, cogiste pintura y brillantina e hiciste de ese peluche lleno de recuerdos uno nuevo, uno increíblemente bonito y arreglado. Lograste hacer del peor día de mi infancia un nuevo comienzo. Y, mientras, tú sufrías en silencio y te bastaba con sujetarme de la mano.

Me enseñaste lo que es la valentía, lo que es ser fiel a uno mismo, a no avergonzarte de dónde vienes ni de tus desgracias, sino a tomarlo como motivación.

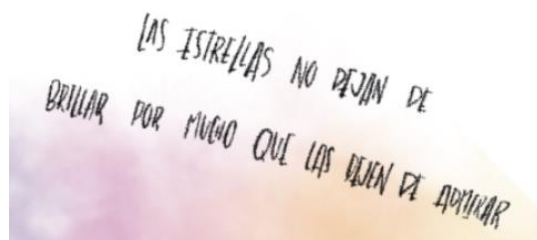


Como cuando yo cogía tus papeles a escondidas, esos a los que tú llamabas “testimonios” y me los llevaba al colegio en una carpeta parecida a la tuya, pero con muchísimas pegatinas que te obligué a pegar conmigo. Les decía a todos que era abogada, como mi padre, pero de casos infantiles. Todos me miraban como a un bicho raro y no querían rellenar papeles conmigo. Y, en un principio, no me importaba, porque entonces a la salida aparecías tú, tan similar a mí que solo me importaba eso.

Pero llegaron los 14 años y estaba tan harta de ser la diferente, la rara, de no formar parte de nada, que cambié. Y me perdí. Nos perdí, papá. No sabes cuánto me duele al recordarlo. Ojalá pudiera decirle a esa niña que el tiempo es limitado, que te abrace cada segundo y hable cada instante sobre cualquier tema remoto.

Pero nos fallé, desperdicié tiempo por problemas internos, porque no encajaba... Y ahí seguías, esperando a que algún día recapitara y te volviera agarrar de la mano. Y cuando lo hice, volviste a entenderme y a abrazarme como lo hiciste siempre. Nunca me prohibiste hacer ciertas cosas, siempre ponías esos límites que me encantaban desafiar, pero solo avisabas y dejabas que aprendiera por mí misma. Tú me dejaste elegir ser quien quisiera sin imponerme nada, porque creías en la libertad de elección, y con ese acto me demostraste quién quería ser. Tarde, demasiado tiempo, pero eso me preparó para ser la persona que soy hoy día.

Estuviste cuando me partieron por primera vez el corazón y al día siguiente me hiciste el desayuno con una cita que ponía “las estrellas no dejan de brillar por mucho que las dejen de admirar”.



Recuerdo cuando terminé bachillerato y me mirabas guardando la compostura con tu gabardina, tus gafas enganchadas en el bolsillo y tu

maletín de cuero que te caracterizaba tanto, pero con un brillo en los ojos que nunca antes había visto.



Me abrazaste y me llevaste a hacer el mejor regalo que me podían hacer, una acampada en la montaña con mis películas favoritas *Mujercitas* y *Orgullo y Prejuicio*. Ese mismo día, después de empacharnos a comer cosas no muy sanas, te miré y te dije: “papá, quiero ser abogada y no solo para hacer casos infantiles” y mientras yo me reía, tú me miraste fijamente y empezaste a sonreír lentamente mientras veía cómo tus ojos se cristalizaban poco a poco y dejabas caer una pequeña lágrima. Ese día fue el primer día de los dos que vi esa parte sensible de ti. Y uno de mis días favoritos.

Un año después te presenté a Adrián. Encajasteis tan bien... Realmente admiro tu capacidad de escuchar a las personas y de encajar con ellas mientras seguías siendo esa persona coherente y sensata.

Pero llegó aquel temido día, cuando me llamaste desde casa y me dijiste que si podía volver pronto a casa. Ni siquiera sé cómo contarlo... Duele tanto... Ese día me choqué con un muro lleno de realidad y no quería asimilarlo, no podía creerlo. Aún no puedo. Tenías 67 años y no podía imaginar que con tu gran mente pensante, que habías demostrado tener siempre, padecieras justo de esa enfermedad. Tan solo tenía 29 años y no quería que eso fuera realidad. No lo podía creer.



El alzhéimer te me arrebató, a mi gran superhéroe. Me robó cada momento que tenía pensado a tu lado, cada locura. Tú eras esa persona incondicional que siempre iba a estar y del día a la mañana me hicieron saber que te olvidarías de mí, de nosotros, de nuestras frases y nuestra complicidad. Se llevó a mi otra mitad sin ni siquiera darme tiempo a contarte lo que es sentir tener un hijo, sin tener tiempo para preguntarte muchas cosas y para que tú te enorgullecieras. No es justo. Te necesitaba, te

necesito. Me dieron a entender que yo me quedaría a tu lado viendo cómo poco a poco desaparecía el hombre que tanto admiraba, dejando solo la carcasa de él. Fue tan injusto...; no estaba preparada.

Así que te mudaste con nosotros. Aún recuerdo los primeros días en los que decías el día, tu nombre y la fecha sin ninguna dificultad y aparentemente seguías siendo tú. Y aunque parezca un poco ilógico, y tal vez ingenuo, tenía una pequeña esperanza de que todo fuera mentira, de que había un fallo. No tenías más problemas que olvidarte la chaqueta en el bar de siempre o no limpiarte los dientes con el mismo cepillo todos los días. Al principio era fácil, podía contarte mi día y ver tus expresiones de siempre. Me contabas lo que pensabas y veíamos el telediario juntos.

Pero un día cuando llegué a casa después de un trabajo, te encontré ahí en el portal con cara de interrogación y sin entender muy bien el propósito de tu estancia en ese lugar. No te acordabas de nuestra casa y, por un momento, me entró un escalofrío por todo el cuerpo cuando pasó por mi mente la pregunta de si te acordarías de mí. Por suerte lo hiciste, dijiste mi nombre y empezaste a recordar.

Tras un año ibas perdiendo nuestros recuerdos. Se te olvidó en qué trabajaba, el bar al que solías ir diariamente y quién era Adrián. Meses después empezaste a hablar de mamá y me daba coraje mientras sentía ese nudo en la garganta por la impotencia.



Un día por la noche salí de la habitación pensando en tu insomnio y te encontré viendo *Mujercitas*, nuestra película, y me quedé observándote por unos segundos.

Unos meses después, pocas veces me reconocías y me aconsejaron meterte en una residencia; y solo puedo resumirlo como un impacto de realidad. Me costó, pero ¿qué remedio había? Todo sucedió demasiado rápido y necesitaba tiempo. Exigía más recuerdos. Eras mi única familia.

Antes de que pasara un año, me casé. Adelanté todo porque no sabía cuánto tiempo me quedaba a tu lado y te quería presente entre los asientos de la primera fila, aun sabiendo que tú no me reconocerías y que posiblemente te contarían alguna mentira para que no te diera un ataque. Preparé todo, contraté a una de tus encantadoras enfermeras para que te llevara con la silla de ruedas y estuviera contigo por si pasaba cualquier cosa. Y cuando llegó el día, ahí estabas en primera fila, con tu camisa negra, tu pelo canoso, que tanta ternura me daba bien peinado, y tu expresión seria, que siempre escondía grandes sentimientos. Y observabas cada detalle de la ceremonia. Entonces, me acerqué a ti y mientras te agarraba del brazo, te miraba a los ojos fijamente. Entonces, cuando me iba a ir, me agarraste y dijiste “estás preciosa, hija mía”.



Y se te volvieron los ojos cristalinos como aquella vez. Y te puedo asegurar que ese fue el mejor momento desde hacía mucho tiempo. Nos recordaste, aunque fuera por unos segundos, y me sentí completa.

Te sigo necesitando, papá. Ya hace 6 años que te fuiste y, mírame, pagando tu tarifa para seguir contándote lo que me pasa. Es algo que necesito, aunque realmente no solucione nada, pero puedo imaginar tus expresiones y tus frases hechas mientras te cuento todo.

Estés donde estés prometo contarle a tu nieto todas tus peculiaridades y la increíble persona que eras, que fuiste, que siempre serás para mí. Tus recuerdos fueron robados y, aunque nadie los sentirá como nosotros, no dejaré que se pierdan. Siempre habrá un eterno nosotros en algún lugar de mi memoria. Espero que desde donde estés, te sientas orgulloso de mí.

Papá, lo tengo claro, él se llamará como tú.

Gracias por dejarme creer, ser y cuestionarme todo. Nunca volverá a ser igual porque tú eras mi otra mitad, éramos nosotros contra todo, pero soy más fuerte gracias a ti.

Te quiero por siempre, mi gran superhéroe.– (Piiiiiii)